

"El Corresponsal de Paris"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa americana.)

Redaccion y Admision: 57 y 59 rue Maubeuge
Paris.

Año II - Núm. 43.

Paris 24 de Febrero de 1889.

Sumario. - Ojeada a la situacion: Una crisis laboriosa. El ministro de la Presidencia. Sintomas fatales. - Extranjero: Mucho ruido... por nada. Nuevas noticias de Stanley. - Una recepcion academica. - Alcance.

Ocho dias mortales ha necesitado el presidente de la Republica para dar solucion a la ultima crisis del gobierno. Ha sido, de nuestro recuerdo, la gestacion mas laboriosa que en este pais - tan trabajado por la division de los partidos - hemos presenciado. Momentos ha habido en que la crisis habia tomado decididamente el aspecto de un callejon sin salida. La base primera, y casi la unica en que parecia estar vivamente empeñado Mr. Carnot, era Mr. Meline, presidente de la Camara. Pero Mr. Meline, persona respetabilisima como particular, carece por completo de autoridad en el partido republicano, y ha sucedido con su candidatura ministerial lo que era inevitable que sucediera: que, a parte tres o cuatro individuos de esos que siempre estan dispuestos a lanzarse en brazos de cualquiera con tal de pescar algo en el rio revuelto de las combinaciones politicas exigidas por las circunstancias, los grupos todos a los cuales se dirigió el presidente de la Camara en demanda de personal para su nombrato ministerio le volvieron irreverentemente la espalda, haciéndole fracasar en la primera y en la ultima de sus tentativas y corrompiéndole a los ojos del pais del mas espantoso ridiculo.

Despues de Mr. Meline fue Mr. Faye; algo se habló tambien del general Billot; en fin, que los dias se pasaban y la evolucion de la crisis no venia. Mr. Carnot - a quien se ha criticado no poco por los procedimientos anticostitucionales y anti parlamentarios de que ha echado mano para encontrar a la crisis el desenlace que deseaba - no sabia ya de qué lado verse ultimamente para acertar con aquella solucion que fuese mas conveniente al estado del pais; la prensa politica, habia que leerla,

había que leer uno á uno los periódicos que representan los distintos matizes de la Cámara para convenirnos de que aquí ya nadie se entendía y de que cada día se iba haciendo más difícil la resolución del intrincado teorema... Los únicos que durante estos días de perplejidad y desasosiego han estado realmente en el paraíso, gozando por anticipado las sonadas bienaventuranzas de un porvenir que tantas y tan grandes torpezas como se cometen acabarían por hacer verosímil si no fuera de suyo el mayor de los auscroisismos, son los amigos de la restauración, los orleanistas y los imperialistas, los cuales - y los boulangistas con ellos; tenemos necesidad de decirlo? - se han bañado á toda satisfacción en agua de rosas, al ver la impotencia en que se estaba revolviendo el presidente de la República desde que empujó sus tentativas en demanda de una solución en esta grave y solemne crisis por que acababan de pasar en Francia los poderes públicos.

Al ver como iban fracasando una á una todas las combinaciones, ludibriase dicho como que pesaba sobre la situación un sino maldito y que, presintiendo los grandes peligros y la inmensa responsabilidad que habrían de asumir aquellos que, por abnegación ó por condescendencia, se decidiesen á entrar en una combinación definitiva, todo el mundo se hacía el desentendido, lo cual, bien mirado, no tenía en verdad nada de tratagienos y si mucho de irreverente y expresivo para el hombre que está al frente de la primera magistratura de la nación y á quien incumbía en aquellos momentos de ponerle la árdua y peligrosa tarea de salvar la situación del conflicto inminente que la amenazaba.

Pero digámoslo todo, ya que estamos en el caso de juzgar con entera imparcialidad los hechos ocurridos. Los procedimientos usados por Mr. Carnot hasta recabar la solución de esta laboriosa crisis, ¿han sido completamente correctos? Esto es lo que en muchos puntos podría ponerse en duda. Declárenos antes que toda que, particularmente, jamás nosotros nos hemos hecho grandes ilusiones con respecto á la personalidad política de Mr. Carnot. Así pues, no hemos debido sorprendernos gran cosa porque el actual presidente de la República no haya dado en el pasado conflicto prueba de esta prontitud de resolución que solo es patrimonio de los verdaderos hombres de Estado. Pero lo que no podemos comprender, lo que hasta cierto punto no acertamos á explicarnos es que desde los primeros momentos de esta gestión trabajara no haya pensado en rodearse de la ilustración y de las luces de aquellos hombres que, por su situación ó por sus talentos

tos, estaban en mejores condiciones que nadie para darle un útil consejo. Mr. Floquet - por ejemplo - ha sido durante varios años presidente de la Cámara, a la que por cierto presidía a maravilla. Después ha sido, durante diez meses consecutivos, presidente del Consejo y ministro del interior. En todo tiempo, relativamente largo, ha sido constantemente sostenido por una mayoría que ha comprendido siempre la casi unanimidad del partido republicano. El día mismo en que un voto de sorpresa le precipitaba del poder, todavía Mr. Floquet pudo reunir a su favor un núcleo de 218 votos republicanos. ¿Cómo se explica, pues, que Mr. Carnot no haya llamado ni una sola vez al presidente del Consejo o misionario para asesorarse con él acerca de las dificultades de la situación y de la mejor manera de resolver el conflicto? ¿Lo que decimos de Mr. Floquet, lo decimos con relación a Mr. Goblet, quien también ha sido presidente del Consejo y es, además uno de los raros hombres políticos cuya autoridad no ha disminuido en un solo quilate con el ejercicio del poder. El mismo Mr. Méline no fue llamado al Eliseo - según todo lo da a entender ahora - más que como una paitalla de esa política de rencores y camarillas que representa el oportunismo y que, por un resto de pudor, no se ha atrevido a salir a la clara luz del día en estos momentos de responsabilidad y de verdadero peligro. Y en fin ¿qué más? parece ya cosa induditable y que debe pasar a la historia, que Mr. Carnot no ha tomado seriamente consejo de nadie, desde los comienzos de la crisis... más que de Mr. Rouvier y del general Brugère: este último, secretario de la presidencia y hombre de reconocidas aficiones orleanistas y el primero, el personaje más impopular - después de Mr. Ferry - que figura en el partido republicano, y aquel a quien casi más razón podría imputarse la responsabilidad de muchas de las torpezas que precedieron a la caída de Mr. Grévy de la presidencia de la República.

Es inútil es decir que todos estos hechos - que pertenecen ya al dominio público - han producido en la gran masa de la opinión una impresión altamente desfavorable.

Pero al fin bien o mal se ha salido del paso y se ha resuelto la crisis con la constitución del siguiente ministerio:

Mr. Girard (presidente y ministro de Industria y Comercio); Mr. Coustant (ministro del Interior); Mr. Rouvier (ministro de Hacienda); Mr. De Freycinet (ministro de la Guerra); Mr. Ller (ministro de Estado); Mr. Clément (ministro de Justicia); Mr. Ta-

lliére) (ministro de Instrucción y Culto), M. Deshayot (ministro de Obras públicas), M. Faye (ministro de Agricultura), y el virante Laurés (ministro de Marina).

A drede queremos dejar hoy de apreciar en detalle la composición de este nuevo gabinete, del cual pudiera quizá decirse que ha sido una especie de mons parturient ridiculus mus de la fábula. ¿Es puramente un gabinete de transición o de espera, o bien un gabinete cuyo principal objetivo sea el de abrir la Exposición y hacer las elecciones? Los ministros que lo componen ¿eran en realidad los más dignos de ser llamados al poder? Sabrán y querrán - o podrán - manifestarse a la altura de las graves circunstancias que atraviesa el partido republicano. Todas estas preguntas representan otras tantas cuestiones importantes sobre las cuales hoy no podemos entrar de una manera precisa y acerca de las cuales el porvenir - es decir, los actos futuros de los nuevos ministros - se encargará de edificarlos.

El nuevo gabinete hizo ayer su primera manifestación en el Parlamento; pero el Documento ha sido acogido con una frialdad por la inmensa mayoría de los diputados y senadores. La prensa, por otra parte - excepción hecha de dos o tres contados periódicos - ha recibido al nuevo ministerio de una manera glacial, constituyendo todo esto un síntoma fatal que hace augurar para la situación una existencia efímera o por todo extremo precaria. Todo el mundo califica al nuevo gabinete de gabinete presidencial, y la verdad es que, como hacíamos observar al principio de nuestra crónica, este cargo no está constituido de fundamento.

M. Barrot, en efecto, al constituir el nuevo ministerio no ha hecho ni más ni menos que lo que hizo por primera vez en diciembre de 1887 al ser elevado a la presidencia de la República, separándose en un todo del criterio estrictamente constitucional y de las buenas prácticas parlamentarias. Ha hecho un acto puramente personal, repartiendo por sí mismo las carteras; tal como lo había hecho también M. Grévy en la víspera de su caída. No ha querido encargarse a ningún libre político caracterizado la constitución del gobierno; una vez más, ha querido tener un ministerio salido, por decirlo así, de su propia ingeniería y nacido de su voluntad exclusiva, arrojando indistintamente el peligro de descubrirse demasiado y de asumir moralmente una responsabilidad que le está prohibido de provocar bajo ningún concepto por ministerio de la Constitución y de las leyes...

El nuevo gabinete tiene, pues, un primer y grave defecto:

el de ser, más que un gabinete parlamentario, un gabinete presi-
dencial. De talí que cada uno de sus actos implicará en una cier-
ta medida la responsabilidad moral del presidente, quien legalmen-
te debe ser irresponsable.

Tiene, además, un segundo defecto: el de volver las cosas
al punto en que se estaba once meses atrás, es decir, al 30 de mar-
zo de 1888, á las cuatro de la tarde, cuando el gabinete Tirard, hoy
resucitado, era derribado del poder por haber combatido la un-
gencia de la revisión... que es la verdadera madre del cordero
de la actual situación y del presente conflicto.

* * *

Poco ó casi nada ha venido á interesar la opinión, esta úl-
tima semana, por lo que respecta á los asuntos del exterior, sin que con-
ello queramos ni remotamente significar que la calma y la tran-
quilidad completas reinen del uno al otro confín de la vieja Europa.
En Hungría, por ejemplo, el espíritu turbulento de la población
se ha modificado algo y hasta, ^{á juzgar} aparentemente, diríase como que
las pasiones desbordadas de ayer se han retirado á su antiguo cauce;
pero la verdad es que si tal cosa supusiéramos, nos engañaríamos
de medio á mitad y demostraríamos (desconocer en absoluto la índole
de las causas que han producido el descontento general en el pueblo
húngaro, y el temperamento de aquella raza que dió vida al
gran Kossuth, personificación vivísima del espíritu revolucionario
que bulle y se agita perennemente, manifestándose de cuando en
cuando á guisa de estallidos lejanos (de un volcán interior, alrede-
dor de las caducas monarquías europeas. No, no se han apaci-
guado los ánimos en Hungría: la estancia de los soberanos en Bu-
da-Pesth ha llevado á ellos un apaciguamiento momentáneo, más
ficticio que real, como una especie de tregua de respeto, muy se-
mejante á la que se produjo en aquella tierra de corazones ge-
nerosos y leales por aquellos días de eruenta amargura que sub-
siguieron á la misteriosa catástrofe de Meyerting, cuyo terrible
desenlace lloran todavía con lágrimas de sangre, los viejos sobera-
nos por un lado, y por otro los antiguos servidores de la más secular
y respetada de las dinastías. Pero terminará esta segunda tregua,
y recomenzarán los disturbios, y de los disturbios en pequeña
escala quizá se llegue á una conflagración general...; y entonces
será cuando el primer ministro, el impopular Tisza, contra
quien especialmente van dirigidas todas las manifestaciones, se
verá obligado á descender los grados de un poder, para ejercer
el cual no le dió la naturaleza las dotes necesarias y desde el
cual tantas y tan graves indiscreciones ha cometido, impropias todas

ellas ve un verdadero hombre de Estado.

En Italia, la situación continúa siendo, a poca diferencia, la misma. La crisis económica por que atraviesa es gravísima y son ciertamente horribles los detalles que cada día publica la prensa independiente de la península relatando el estado de miseria que reina en la campiña y aun en las ciudades más importantes de la mayor parte de las provincias. La Sicilia y la Lombardia son, por lo visto, las más castigadas. A duras penas puede uno leer lo que viene de los puntos donde con más crudeza se presenta la miseria. Los ojos se apartan con horror de ese espectáculo, el alma se siente oprimida al ver desfilar tantos centenares de infelices que se rasan día y semana sin saber como y donde han de encontrar un pedazo de pan para ellos y sus hijos, y todo el mundo se pregunta: ¿el gobierno de Italia; qué hace? ¿qué medidas positivas lleva a cabo para hacer cesar este estado de cosas o siquiera para llevar un levitico a tanta indignación, un consuelo a tanta miseria?

El incidente surgido estos últimos días a consecuencia de un supuesto brindis pronunciado por un general italiano, comandante del cuerpo de ejército de Nápoles, en honor a la escuadra alemana surta en aquel puerto, ha resultado ser, como sucede con tanta frecuencia, gracias a las quisquillosidades y exageraciones de una parte de la prensa, mucho ruido... por nada. — "El ejército italiano se irá, (decía el supuesto brindis) cuando llegue el momento del peligro, el digno aliado del ejército alemán contra el común enemigo." (Fútil decir que el enemigo común aquí es Francia.) — Se han pedido explicaciones a Mr. Crispi en plena Cámara, habiendo quedado desmentida en un todo la autenticidad del brindis. Puede, pues, darse el incidente por completamente terminado.

Ya volvemos a tener nuevas noticias del célebre explorador Stanley. Esta vez ha sido la Independencia belga, la cual publica una interesante reseña que le ha facilitado el teniente Vaert, recién llegado a Bruselas procedente de Stanley Falls y Desmes de haber pasado una temporada de un año cerca de Tippo-tib, de quien ha sido secretario. — Todas las noticias del teniente Vaert confirman en un todo la existencia del intrepido Stanley y de su aliado Luis-Pachá, desmintiendo al propio tiempo todo cuanto se había dicho hasta ahora suponiendo q. Tippo-tib había sido derribado a Stanley. — El teniente Vaert, al regresar a Europa, ha encontrado el Estado libre de una situación en todos sentidos floreciente.

El acontecimiento literario de la semana en París ha sido la brillantísima recepción que tuvo lugar el último jueves en la Academia francesa. Tratabase del ingreso en la Compañía, — como aquí se dice — de Mr. Jules Claretie, el espiritual autor de tantas obras de buen gusto y actual administrador general de la Comedia Francesa. — Mr. Claretie es ciertamente uno de los escritores de más talento y, por decirlo todo, de más discreto talento entre tantos como honran aquí la moderna escuela literaria. Periodista, historiador, crítico, poeta, autor dramático, novelista; todos los ramos ha cultivado y en todos los géneros ha recojido plácemes, simpatías y triunfos. — Añadamos q. Mr. Renan, el insigne autor de la Vida de Jesús, era el encargado de contestar al recipiendario y ello bastará p.º que nuestros lectores se hagan cargo de la solemnidad q. rivisti la recepción.

Académica e y sus referencias: Jamás se habría visto en el teatro de actores del Instituto de Francia una asistencia tan numerosa y, sobre todo, tan escogida. A la vez, por lo demás, había la plena y plena en verdad los discursos pronunciados por Mr. Claretie y por Mr. Renan pueden perfectamente calificarse de verdaderos acontecimientos literarios. Mr. Jules Claretie y Mr. Renan. (Los señores, 2º) Han quedado definitivamente refutadas las relaciones amorosas de Mr. Claretie y Mr. Renan.